

La fecundidad del amor divino en la espiración del Espíritu Santo

1. Del mismo modo que el conocimiento divino en la generación del Hijo, así también se manifiesta la fecundidad del amor divino en la espiración del Espíritu Santo. Todas las criaturas se componen de esencia y de existencia. La primera es el fundamento de su riqueza interna; la segunda lo es de su realidad. La existencia, la realidad, la facticidad hace que la esencia aparezca, concentrando su plenitud en un punto determinado y comunicándole contornos fijos y rasgos determinados. Penetramos nuestra esencia en el acto de conocimiento; nuestra existencia la afirmamos en el acto de la voluntad. A la esencia y a la existencia les corresponden en la esfera del espíritu el conocimiento y el querer, o el amor, ya que éste es la acción principal de la voluntad. La voluntad perte-

nece, pues, a la estructura esencial del espíritu humano. El primer ser amorosamente querido por la voluntad es el ser propio. Está en correspondencia con la individualidad humana, la voluntad con que uno se quiere a sí mismo, la autoafirmación volitiva, el sí del amor propio. A la unión ontológica con otro hombre, corresponde la salida amorosa con que traspasamos el círculo de nuestra individualidad y la entrada en el interior del otro, la manifestación mediante la cual revelamos en el amor nuestro yo a un tú. Esta salida y manifestación no ocasionan la pérdida del yo; al contrario, nos permiten poseerle con más intensidad y profundidad, siempre que no quede destruída la propia dignidad humana. Para el amor creado la individualidad constituye una separación y distinción irrevocables, una frontera que nadie puede traspasar.

Si a base de lo dicho tratamos de llegar a una comprensión más profunda de la producción del Espíritu Santo, tendremos el siguiente resultado: Podemos distinguir en Dios una doble acción vital. Dios percibe su esencia con toda claridad. La afirma y la quiere con amor y voluntad incondicionales. La autoposición consciente y la riqueza de contenido constituyen una sola realidad, del mismo modo que su voluntad se identifica con su existencia, así como son idénticas la existencia y la esencia, la autocomprensión y el amor a sí mismo.

Según nuestro modo analógico de conocer, entre el conocimiento y la voluntad o amor de Dios existe una distinción virtual (véase el § 76). Aquél no es más perfecto que éste. Así como es fecundo el conocimiento de Dios, en tanto que existe en el Padre, del mismo modo es fecunda la voluntad (o amor) de Dios en tanto que existe en el Padre y en el Hijo.

2. Casi todos los teólogos afirman hoy que el Espíritu Santo es producido en un acto de amor. El Padre y el Hijo conocen su propia riqueza común—la naturaleza divina—; su íntima unión, fundada en la unicidad de la esencia; su realísima y vivísima unidad, fundada en la correlación del engendrar y del ser engendrado. Los dos afirman esta unión con un amor de igual categoría, estrechándose, abrazándose mutuamente y con fuerza e intimidad infinitas. El Padre sale fuera de sí mismo, por decirlo así, y se entrega totalmente al Hijo, sin perder su ser personal. El Hijo recibe del Padre la plenitud del ser divino, y luego se lo devuelve, en tanto que no se la envidia al Padre, sino que con alegría bienaventurada y de consuno con Él, la posee de igual modo y se la desea.

En el párrafo dedicado al estudio de las relaciones vimos que el Padre llega a ser Persona divina entregándose, saliendo fuera de sí mismo y entrando en otro; es decir, manifestándose a otro Yo; vimos que de este modo no sólo posee la personalidad de una manera más íntima y profunda, sino que llega a obtenerla, lo mismo que el hombre se enriquece al manifestarse amorosamente y se empobrece cuando se aísla y se encierra en sí mismo. Lo mismo puede decirse del Hijo. El Padre y el Hijo se poseen a sí mismos de la manera más íntima y por eso pueden manifestarse mutuamente el uno al otro toda su interioridad. De este modo la entrega mutua no comporta un abandono de la propia personalidad.

A causa de su infinitud, la fuerza y la intimidad con que el Padre y el Hijo se unen amorosamente no puede compararse con alguna forma de amor humano. Al abrazarse con intimidad inefable y con una fuerza tal que ninguna criatura puede imaginar, recogiendo cada uno de los dos la llamada amorosa del otro, llegan a fundirse en un fuego de amor mutuo.

3. El amor mutuo del Padre y del Hijo es subsistente y necesario, no en el sentido de un impulso natural ciego, sino en cuanto que es una necesidad conocida con toda claridad, afirmada y querida con alegría bienaventurada, diferenciándose así de todo amor humano, el cual es como una oleada fugitiva, carente de seguridad, tanto en lo que se refiere a su intimidad como en lo que se refiere a su fuerza. El Padre y el Hijo se miran el uno al otro, hablan, mantienen una viva conversación amorosa; de esta manera espira el uno hacia el otro un hálito de amor. De su unión emana un hálito de amor infinitamente real y subsistente, perfecto e íntimo. Así se forma una atmósfera celestial de amor, un «aire» celestial que no está sujeto a oscilaciones y amenazas. Y he aquí lo extraño y sorprendente: el amor espirado por el Padre y por el Hijo se conoce a sí mismo, es independiente, aparece junto al Padre y el Hijo como un tercer Yo subsistente. Es un amor personal.

Ahora, lo mismo que en lo que concierne al conocimiento divino, hay que guardarse bien de creer que el Padre y el Hijo se buscan amorosamente, desean unirse o se encuentran en el amor. Antes bien, los dos se poseen con amor rico, seguro y bienaventurado. Más aún, el Padre es su actividad amorosa, y el Hijo es también su actividad amorosa. El Espíritu Santo es, pues, fruto, signo, revelación, activación y garantía del amor con que el Padre ama

al Hijo y el Hijo al Padre, el clima en el que Padre e Hijo viven unidos y compenetrados.

Siendo un dogma de la fe que el Padre y el Hijo son un solo principio espirante, y que los dos producen al Espíritu Santo en una sola acción espirante, habrá que admitir que el amor real y recíproco del Padre y del Hijo, que produce al Espíritu Santo, es una sola realidad. A causa de la simplicidad de Dios, esta realidad es al mismo tiempo fundamento de la espiración y acción espirante. En esta explicación se presupone que el amor recíproco del Padre y del Hijo es el fundamento de la espiración (San Agustín). Según otra teoría, defendida por Santo Tomás de Aquino, el fundamento de la espiración es el amor propio de Dios que arde en el Padre y en el Hijo. Esta teoría explica con más claridad de qué modo el Padre y el Hijo, en tanto que fundamentos de la espiración, producen al Espíritu Santo en una sola acción espirante. La teoría expuesta en primer lugar acentúa lo personal y la relación que media entre el Padre y el Hijo. Según ella, el Espíritu Santo es signo y prueba de que el Padre y el Hijo se aman con un amor absoluto y sin reservas, es la confirmación de la unión amorosa. En el semblante del amor «producido» por el Padre y por el Hijo adquiere el Padre la seguridad de que le pertenece el amor del Hijo, y Éste, a su vez, experimenta allí mismo que le pertenece el amor del Padre. En ese semblante, en un inintermitente acto de recepción, experimenta el Padre que el Hijo se entrega a Él sin reservas, sintiéndose así bienaventurado. Del mismo modo experimenta allí el Hijo que el Padre se entrega también sin reservas y es, por lo tanto, bienaventurado. El Padre y el Hijo se aman, pues, en el Espíritu Santo, en tanto que Éste es el sello necesario y personal de su unión amorosa, un sello de igual categoría que su acción amorosa, igual a ellos en perfección y realidad. En tanto que el Espíritu Santo es la expresión de la intimidad amorosa del Padre y del Hijo, es la intimidad de Dios.

4. La Sagrada Escritura insinúa que el Espíritu Santo es el producto de una acción amorosa al atribuirle el derramamiento del amor de Dios sobre las criaturas y la repartición de los dones divinos (*Rom. 5, 5; I Cor. 12, 4; II Cor. 1, 22*). Ciertamente es, no obstante, que estas alusiones no han bastado para que los Padres Griegos y los Latinos preagustinianos considerasen formalmente al Espíritu Santo como amor y a la espiración del Espíritu Santo como acción de amor. Es San Agustín, en su obra sobre la Trinidad,

quien por primera vez ha definido y descrito la espiración como acto de amor.

El undécimo Concilio de Toledo explica la espiración de la siguiente manera (D. 277): «También con respecto al Espíritu Santo, que es la tercera Persona de la Trinidad, creemos que es el Dios uno e idéntico, consustancial con el Padre y el Hijo, y de la misma naturaleza que ellos; pero no ha sido engendrado o creado, sino que procede de los dos, siendo, según nuestra fe, el Espíritu de los dos. De este Espíritu la fe no dice que sea engendrado ni no engendrado, para que no parezca que al emplear la expresión no engendrado hablamos de dos Padres, o de dos Hijos, al emplear la expresión engendrado. No procede del Padre hacia el Hijo o del Hijo para la santificación de la Creación, sino que nos ha sido revelado que procede al mismo tiempo de ambos, puesto que se afirma de Él que es el amor o la santidad de ambos. Este Espíritu Santo es, pues, enviado por los dos, según las enseñanzas de nuestra fe, lo mismo que el Hijo es enviado por el Padre, pero no por eso es considerado como inferior al Padre y al Hijo, como el Hijo que, por haber tomado carne humana, se declara inferior al Padre y al Espíritu Santo.» (Véase el § 43.) Santo Tomás de Aquino explica la espiración de la siguiente forma: Del mismo modo que en el acto de conocimiento se forma un concepto, así también en el amor hacia algo surge en el amante una impresión de lo amado. Así como el objeto conocido se encuentra en el sujeto cognoscente, en tanto que conocido, del mismo modo el objeto amado estará en el amante en tanto que es amado. El objeto amado produce una excitación interna en el amante. El objeto excitante, al entrar en contacto con el sujeto excitado por el amor, lo amado tiene que hallarse presente en el amante. Ahora bien, lo mismo que Dios se conoce a sí mismo necesariamente, así también Dios se ama a sí mismo con la misma necesidad. Por consiguiente, Dios está en sí mismo como lo amado en el amante. Esta interiorización no se produce en tanto que el amante posee una imagen del objeto amado, sino en tanto que el objeto amado atrae hacia sí al amante. Expresándonos análogamente, podemos afirmar lo siguiente: El Espíritu Santo es la inclinación amorosa (término del amor) producida por la excitación amorosa. En el conocimiento se produce una imagen espiritual del objeto conocido, la cual es el producto del movimiento cognoscitivo; del mismo modo surge en la esfera de la voluntad, mediante el acto volitivo o amoroso, un término de tal acto. Pero a diferencia de lo que sucede con el término del

conocimiento, para el cual disponemos de un vocablo (palabra, verbo), en lo que concierne al término del acto amoroso no disponemos de un nombre especial. Tenemos que designar el término del querer con nombres genéricos: amor, *inclinatio*, *affectio*, *impulsus* (*Summa Theol.* I, q. 20, a. 1; q. 27, a. 4).

La unión amorosa del Padre y del Hijo y su confirmación en el Espíritu Santo se ilustra a veces haciendo alusión al amor del hombre y de la mujer en el matrimonio, así como al hijo, sello y confirmación de este amor. El hijo será símbolo del Espíritu Santo; la mujer, del Hijo, y el varón, del Padre. Las diferencias sexuales no anulan el valor de esta comparación, pero deben ser alejadas de Dios. Como quiera que sea, a pesar de las diferencias profundas y esenciales aparece con claridad el punto de comparación que aquí nos interesa: la espiración del Espíritu Santo en un acto de amor y el engendramiento del hijo mediante la unión íntima del hombre y de la mujer, siendo el hijo sello y garantía del amor. Si el teólogo quiere servirse de la familia como imagen para explicar los fenómenos trinitarios, la analogía que acabamos de exponer explica esos fenómenos mejor que la comparación de Scheeben, que compara al Espíritu Santo con la mujer, comparación que nos parece artificial e inadecuada. (Véase en el párrafo 86 la explicación de la espiración del Espíritu Santo derivada de teorías expuestas por Ricardo de San Víctor.)

5. Las realidades que el Padre y el Hijo abarcan con su amor fecundo son las mismas que abarca el conocimiento fecundo divino: la esencia de Dios, las Personas divinas, lo extradivino; es decir, toda la realidad del cielo y de la tierra.

Conviene acentuar que toda la realidad extradivina es amada por el Padre y el Hijo en el Espíritu Santo. El amor divino fecundo es la causa creadora de todo lo extradivino.

Si se pregunta por qué Dios ha creado el mundo, sólo puede ofrecerse una respuesta: lo ha creado por el amor. Para expresarnos con más precisión, lo ha creado por amor a sí mismo. Para comprender esto debidamente conviene observar que el mundo no aumenta la perfección o felicidad de Dios, el cual, siendo absoluta bienaventuranza, el mundo nada puede otorgar. Es un misterio inescrutable el hecho de que Dios realice el amor a sí mismo creando el mundo. La pregunta ¿por qué ha creado Dios el mundo? es para nosotros un problema insoluble. Sólo a manera de explicación aproximada puede decirse lo siguiente: Dios está tan enamorado de su propia gloria, que se decide a crear una imitación finita, bien que con ello no experimente aumento alguno de su bienaventuranza. Si tenemos en cuenta el carácter trinitario del amor divino, obtendremos como resultado el siguiente estado de cosas: El Padre ama al Hijo con tal intensidad e intimidad, que se preocupa de proporcionarle alegría y bienaventuranza por todos los modos posibles. Lo mismo puede decirse del Hijo. El Hijo tiende hacia el Padre con tal intensidad e intimidad, que se preocupa de proporcionar al Padre todas las alegrías que puede. Lo mismo puede de-

cirse de la relación del Padre y del Hijo con respecto al Espíritu Santo, y de la relación del Espíritu Santo con respecto al Padre y al Hijo. Decididas las tres Personas divinas a proporcionarse mutuamente toda forma posible de alegría, conciben el plan de la Creación. El Padre idea este plan para proporcionar al Hijo un nuevo motivo de placer mediante la imitación de su gloria divina. El Hijo afirma el plan divino del Padre para proporcionar a Este un nuevo motivo de alegría. Lo mismo puede decirse del Espíritu Santo.

A pesar de no conocer la razón última de la existencia del mundo, puesto que somos incapaces de decir por qué Dios realiza el amor asimismo bajo la forma de amor al mundo, podemos, no obstante, afirmar que el amor recíproco de las Personas divinas es la causa de la existencia del cosmos por ser el amor el más profundo fundamento del mundo, es preciso afirmar que su esencia íntima ha sido estructurada por el amor. Así se explica que todas las criaturas estén en relación indestructible las unas con las otras, y el que las ellas constituyan una totalidad unificada. Todas son manifestaciones del amor de Dios. Es cierto que cuando contemplamos el aspecto actual del mundo, no nos produce la impresión de que sea una manifestación del amor. Al contrario, nos parece que en él dominan la crueldad y la violencia, el afán de destrucción y las tendencias aniquiladoras. La razón de ello consiste en que el mundo ya no posee el aspecto que Dios le comunicó. El hombre ha corrompido el mundo. Por no poder ser considerado el mundo como manifestación del amor, el hombre se siente abandonado y perdido en él. Si hubiera conservado su forma original, se nos presentaría como el lugar de la seguridad y el de patria. Para el que es capaz de verlo, el mundo ha conservado tanta afinidad con Dios que puede conducir al hombre hacia Dios, y puede mantener viva en el hombre la nostalgia de Dios. Pero al mismo tiempo el hombre experimenta que el mundo no puede satisfacer los anhelos y deseos que despierta y mantiene vivos en el alma. De esta manera el hombre que vive en el mundo se siente aquí peregrino y extranjero. El hombre vive en un estado de tristeza, producida por el conocimiento de que el mundo no puede satisfacer sus deseos. Al mismo tiempo, vive con la esperanza de que esos deseos se cumplirán en un lugar trascendente. Esta esperanza impide que su tristeza y melancolía se conviertan en desesperación.

El hecho de que el amor sea la causa creadora del universo nos permite conocer la esencia íntima del hombre. El hombre cumple las exigencias de su ser sólo a condición de vivir en el amor. El odio está en contradicción con la esencia íntima del hombre. Así se explica que el que odia sienta tristeza. Vive en contradicción consigo mismo y siente por eso un desgajamiento interior.

El amor humano se funda en la esencia creada por Dios, resultando de ello que el amor humano es una expresión del amor divino. Por lo tanto el amor del hombre posee una dimensión de profundidad infinita. Al mismo tiempo posee una garantía indestructible.

Este carácter del amor humano permanece oculto durante el tiempo de la peregrinación terrestre. El amor del hombre manifestará su más profunda fuerza y majestad cuando pueda ser un transparente perfecto del amor de Dios que resplandece a través de él; es decir, en el estado de perfección al cual llamamos cielo.

Todo esto se comprenderá mejor teniendo en cuenta que el amor fecundo de Dios no es una acción pasajera, sino una acción permanente y eterna. De esta manera constituye ella el fundamento permanente de la existencia de todas las cosas, del mismo modo que el fecundo conocimiento divino, comunica sentido a las cosas.

El fecundo amor divino impulsa todo lo extradivino, haciendo que siga creciendo y desarrollándose. Toda forma de amor humano se basa, al fin de cuentas, en el amor divino fecundo y tiene que quedar enraizado en éste, so pena de degenerar, convirtiéndose en egoísmo (véase lo que se dijo sobre los objetos de la voluntad de Dios en general, § 87, y consúltense los §§ 91-94 y el tratado sobre la Creación).

El afirmar que el fecundo amor divino comprende a las tres Personas divinas, no está en contradicción con la teoría según la cual el amor recíproco del Padre y del Hijo es el fundamento de la espiración. En efecto, el Padre y el Hijo se aman en tanto que son fundamento original del Espíritu Santo, y como quiera que no son en ninguna manera anteriores al Espíritu Santo, aman ellos al Espíritu Santo al amarse como fuente original de este Espíritu.

6. La producción del Espíritu Santo mediante el amor y como amor personal en Dios, nos permite comprender algunas descripciones y denominaciones de la Escritura y de la Liturgia relativas al Espíritu Santo. San Agustín explica la denominación «Espíritu Santo» diciendo que el Espíritu Santo—en cuanto amor del Padre y del Hijo—es algo común a los dos, de modo que pueden aplicársele todas las denominaciones que corresponden al Padre y al Hijo. Se puede hacer alusión también al hecho de que *spiritus* significa vida, hálito, aliento; manifestándose la vida, la fuerza vital, precisamente en el amor.

Scheeben presenta la siguiente explicación de la expresión *Espíritu Santo*: «Cuando queremos expresar la intimidad de la unión entre dos personas decimos que tienen el mismo espíritu o que son un solo espíritu. Con ello queremos decir que viven juntos y unidos en la fuerza de su amor y de su efecto mutuo; porque aquí abajo el espíritu es para nosotros vida, manifestándose ésta en la esfera de lo animal, especialmente mediante el hálito. Esta unidad de la vida y del espíritu se funda en el hecho de que el amante lo hace todo para el amado, como si éste fuera él mismo, y todo lo que éste siente y padece repercute en el amante como si fuera él quien siente y sufre, de modo que el amante se traslada con el afecto al interior del amado. Es lo que se llama éxtasis amoroso. Ahora bien: este éxtasis afectivo del amor, esta unidad vital afectiva de los amantes tiende por su naturaleza a convertirse en una unión real. En realidad los aman-

tes tienden a derramar su vida recíprocamente el uno en el otro, fundiéndose los dos en una sola vida. La expresión más perfecta y adecuada de esta tendencia dentro de lo creado tenemos que buscarla allí donde la unidad amorosa se funda en la base más natural y real y donde se manifiesta de la manera más pura y tierna. Pensemos en un niño acunado en el seno de la madre, le ha comunicado la vida y sigue comunicándosela al alimentarle con su leche. ¿De qué modo manifiesta ese niño de la forma más íntima posible su amor, si no es por medio de los besos que imprime en la boca de la madre?, y ¿a qué aspira el corazón maternal si no es a infundir otra vez la vida en el fruto de su seno por medio de los besos?» (*Die Mysterien des Christentums*, ed. J. Höfer, 1941, 82 y sigs.). En otro lugar de las misma obra (pág. 94) escribe Scheeben lo siguiente: «Hay algo que empapa este hálito del Padre y del Hijo con dulzura celestial, haciéndole aparecer como un perfume que emana del amor divino: tal es la eminente dignidad y nobleza de las Personas que hacen que el espíritu o aliento emane de sus corazones; eso es, además, la perfección infinita de los amantes del fuego amoroso que arde rebosante en estas Personas, eso es, para expresarlo con una sola palabra, la santidad de las Personas que aman y la santidad de amor. Aunque el Padre y el Hijo sean santos—de otro modo ni siquiera podrían producir algo santo—o, mejor dicho, porque el Padre y el Hijo son santos, es también santo de una manera especial el Espíritu que ellos espiran; el Espíritu Santo es la flor, el perfume de la santidad del Padre y del Hijo, del mismo modo que ese mismo Espíritu es la flor y la culminación de su espiritualidad. Con razón se le atribuye a Él un predicado que corresponde también a las otras dos Personas, por ser la Persona que representa la santidad del Padre y del Hijo; con razón se dice de Él que es la santidad de Dios o la santidad del Padre y del Hijo, no en el sentido de que el Padre y el Hijo fuesen santos mediante Él, sino en el sentido que el Padre y el Hijo manifiesten en el Espíritu Santo su santidad.»

Por eso se dice también del Espíritu Santo que es la dulzura y la bienaventuranza del Padre y del Hijo, la prenda y el lazo de su amor. Es esto cierto, y permítasenos insistir una vez más sobre ello, no en el sentido de que constituya el fundamento de la unidad del Padre y del Hijo, sino en cuanto que es expresión personal, revelación y activación personales de la unidad de las otras dos Personas. Como quiera que procede del fuego amoroso del Padre y del Hijo, se manifiesta bajo la forma de lenguas de fuego, en la de tormenta rugiente y al mismo tiempo como la de mansa paloma. El Espíritu Santo es en Dios el amor personal, y por eso efectúa las obras de amor en la esfera extradivina. Él es la fuente viva del amor divino con que Dios ama a las criaturas.

También la expresión «don» tiene su explicación. El amor divino se manifiesta en la actividad creadora de Dios. Ahora bien, el Espíritu Santo es la fuente viva del amor con que Dios ama a las criaturas. Por eso los Padres Griegos le llaman expresamente «Ac-

tividad». Según San Agustín, por ser el Espíritu Santo amor, se dice de Él que es don (regalo). El primer regalo del amor es el amor mismo. Según San Agustín, el Espíritu Santo es un don que Dios regala al hombre. Para evitar el peligro que podría surgir estableciendo una relación demasiado íntima entre el Espíritu Santo y las criaturas, peligro que amenazaría especialmente la eternidad del Espíritu Santo, San Agustín afirma que el Espíritu Santo es de por sí donable antes de que sea enviado como regalo a las criaturas. El peligro en cuestión se evita de la manera más eficaz al considerar el Espíritu Santo como don o regalo del Padre y del Hijo, atributo que le corresponde por ser la activación del amor recíproco de las dos otras Personas divinas. El peligro a que venimos refiriéndonos se evita también diciendo que la expresión don se refiere al envío del Espíritu Santo, envío mediante el cual el Dios trino y uno se comunica a las criaturas (§ 50). La Sagrada Escritura emplea en varios lugares la expresión don, aplicándosela al Espíritu Santo. La palabra «don» no se emplea en sentido intratrinitario, sino que está en relación con el orden de la economía de la Redención. El Espíritu Santo es el don que Dios otorga a los hombres: *Io.* 7, 38 y sigs.; 4, 7-14; *Act.* 2, 38; 8, 20; 10, 45. En el mismo sentido afirman los griegos del Espíritu Santo que es «doron», y más frecuentemente, «dorea» y «dorema». Las dos últimas expresiones designan la acción de donar. Toda actividad de Dios con respecto a las criaturas es un don. (Véase explicaciones detalladas en el tratado sobre la Gracia.)

La Secuencia de Pentecostés nos presenta una profunda descripción del Espíritu Santo: «Ven, Santo Espíritu, envía desde el cielo los rayos de tu luz. Ven, padre de los pobres, distribuidor de los dones; ven, luz de los corazones, óptimo consolador, dulce huésped del alma, dulce refrigerio. Tú eres mi paz en las tribulaciones, suave brisa en el ardor, consuelo de mis lágrimas. Oh luz beatísima, llena lo más íntimo del corazón de tus fieles. Sin tu gracia nada tiene el hombre, nada que no sea pecado. Purifica lo que está sucio, da fecundidad a lo que se ha secado, cura las heridas. Dobla lo rígido, calienta lo frío, vuelve al buen camino lo que se extravió. Comunica a los fieles que confían en Ti tus siete dones. Da recompensa a la virtud, danos una muerte bienaventurada y eterna alegría.»

7. Ricardo de San Víctor expone sobre la procedencia del Espíritu Santo una teoría diferente de la defendida por San Agustín

y la mayor parte de los teólogos modernos. Según él, el amor pleno y altruista entre dos personas exige la existencia de un coamado. El Padre y el Hijo no se amarían con amor puro y desinteresado si sólo quisieran poseerse a sí mismos. Cada uno de los dos desea que un tercero participe en su amor y bienaventuranza. El Padre desea y permite que el Hijo, y la bienaventuranza que éste le proporciona, pertenezcan a un tercero. Lo mismo puede decirse del Hijo con respecto al Padre y la felicidad que éste le proporciona. De este modo hay en Dios un amante, un amado y un coamado.

También en San Buenaventura (*Peregrinación del alma hacia Dios*, capítulo 6) se encuentra esta explicación: «Mira, pues, y considera lo siguiente: lo mejor es aquello que no se puede pensar como mejor. Esto es de tal modo, que lógicamente no se puede pensar que no sea; porque el ser es mejor que el no ser. Tampoco puede ser correctamente concebido si no se piensa que es a la vez trinitario y uno. Porque de lo bueno decimos que se comunica. Por consiguiente, el sumo bien se comunica de la manera más perfecta. La más sublime comunicación tiene que ser real e interna, sustancial y personal, natural y voluntaria, libre y necesaria, perfecta y sin defecto alguno. Por eso, si en el bien supremo no tuviese lugar desde la eternidad un proceso real y consustancial, y si no hubiese en él una hipótesis realizada mediante generación y espiración y de igual categoría que el producente—un coprincipio eterno del eterno principio—, es decir, un amado y un coamado, un engendrado y un espirado, a saber, Padre, Hijo y Espíritu Santo, entonces no sería el bien supremo, ya que no se comunicaría de la manera más perfecta. Porque el comunicarse temporalmente a las criaturas no es más que una especie de pequeño punto en comparación con la inconmensurabilidad de la eterna bondad. Por eso se puede pensar una comunicación superior, a saber, la comunicación en que el comunicante entrega a otro toda su sustancia y naturaleza. Si faltase algo en ello o aunque sólo sea en nuestro pensamiento, entonces no sería el bien supremo. La pureza de la bondad es la pura realidad de la causa primordial, el cual ama afectuosamente con amor regalado, debido, y que une a los dos; es comunicación perfecta, natural y querida; es comunicación según el modo de la palabra, en la cual se dice todo, y según el modo de la donación, en la cual se da todo lo demás. Si eres capaz de ver esto con los ojos de tu espíritu, entonces descubrirás que la Trinidad formada por el Padre, el Hijo y el Espíritu Santo se funda necesariamente en la suprema comunicabilidad de Dios. A causa de la suprema comunicabilidad tiene que darse en ellos consustancialidad suprema; a causa de la consustancialidad suprema tiene que darse suprema uniformidad y, por lo tanto, tiene que darse también suprema igualdad, y por eso mismo, suprema igualdad de interioridad. Así, pues, lo uno por habitar dentro de lo otro, tiene que estar necesariamente en esto, y de este modo obra lo uno con lo otro, ya que las sustancias, las fuerzas y las actividades de esta Santísima Trinidad no están divididas.» La teología franciscana del siglo XIII ha defendido por lo general esta explicación de San Buenaventura. (Véase también el pasaje citado al final del § 86.)

8. La espiración del Espíritu Santo mediante un acto de amor nos puede servir para explicar cómo el Espíritu Santo procede del Padre y del Hijo. No se puede amar nada que no haya sido conocido antes de alguna manera. La presencia del amado en el amante, o, lo que es lo mismo, la producción de un término del amor y respectivamente la inclinación del amante hacia el amado, tiene su fundamento tanto en el principio amante como en el objeto conocido como digno de ser amado, es decir, en la palabra que uno se forma del objeto amable. En Dios el Hijo es la palabra. Por eso el Espíritu Santo tiene que proceder también del Hijo.

La explicación de la producción del Espíritu Santo aquí propuesta nos permite comprender y fundamentar con más precisión la diferencia que hay entre generación y espiración. La producción del Espíritu Santo no es una generación (dogma de la fe; símbolo atanasiano). Las fuentes de la Revelación dicen sólo de la primera producción que es una generación, y llaman Hijo sólo a la segunda Persona. Como fundamento interno de esto, la reflexión teológica puede aducir el hecho de que la segunda Persona es producida por vía de conocimiento, y la tercera, mediante un acto de amor.

El concepto de generación implica la semejanza del engendrado y del que engendra. Ahora bien, en el acto cognoscitivo se produce en el conocimiento una imagen del objeto conocido. Por consiguiente, el Hijo, que es producido mediante un acto de conocimiento del Padre, es semejante al Padre en virtud de su procedencia. El Espíritu Santo, al contrario, no es semejante al Padre en virtud de su procedencia, puesto que la voluntad no tiende a producir en el sujeto que ama una imagen de la cosa amada. De ahí resulta que en la producción del Espíritu Santo falta un elemento esencial de la generación. Si el Espíritu Santo es semejante a su origen, la razón de ello no debe ser buscada en la forma de la procedencia, sino en el hecho de que se trata de una producción divina, siendo Dios todo lo que hay en Dios.